

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

La última molestia y otros cuentos sobrenaturales

Amado Nervo



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

**La última molestia
y otros cuentos
sobrenaturales**



Amado Nervo

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

La última molestia y otros cuentos sobrenaturales

Amado Nervo



Universidad
de Guadalajara





Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Primera edición electrónica, 2016

Director de la colección
Fernando del Paso

Coordinador de la colección
Ángel Ortuño

Autor
Amado Nervo

D.R. © 2016, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Abril de 2016

ISBN 978-607-742-495-6

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Estimado universitario:

Los resultados poco satisfactorios que se han obtenido en las pruebas PISA y ENLACE ponen de manifiesto que los estudiantes de nivel medio y superior en todo el país tienen dificultades con la comprensión lectora. La Universidad de Guadalajara, no ajena a esta realidad, decidió crear desde 2010 el Programa Universitario de Fomento a la Lectura “Letras para volar”.

Este programa promueve el gusto por la lectura a la par que se propone el desarrollo de la competencia lectora en estudiantes de diversos niveles educativos. Esta labor se realiza desde la función sustantiva de extensión en la que prestadores de servicio social de nuestra casa de estudios acuden semanalmente a escuelas primarias y secundarias para fomentar el gusto por la lectura, gracias a lo cual un total de 123,598 niños y jóvenes se han visto beneficiados con el programa desde su creación.

Desde las funciones de investigación y docencia, la Universidad de Guadalajara trabaja en favor de los jóvenes de nivel medio y superior para consolidar la competencia lectora y poner al alcance de los estudiantes la lectura, por tanto, hemos invitado a tres universitarios distinguidos a integrarse a este proyecto y seleccionar títulos para las tres colecciones que llevan su nombre:

- Colección Caminante Fernando del Paso
- Colección Hugo Gutiérrez Vega
- Colección Fernando Carlos Vevia Romero

Desarrollar la competencia lectora está no sólo en la base de la educación, sino en el apoyo mismo de lo que somos como sociedad. Leer en la universidad no se debe limitar a los textos escolares; por ello, ponemos a disposición de nuestros jóvenes tirajes masivos para que desarrollen el entusiasmo por la lectura y la incorporen a su vida cotidiana.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

- 11 Presentación**
- 15 La última molestia**
- 18 El país en que la lluvia era luminosa**
- 23 El «ángel caído»**
- 32 Como en las estampas**
- 35 El obstáculo**
- 37 Los que no quieren creer que son amados**
- 43 El héroe**
- 47 La novia de Corinto**
- 51 Los esquifes**
- 54 El Castillo de lo Inconsciente**

Presentación

ÁNGEL ORTUÑO

El 24 de mayo de 1919, en Montevideo, Uruguay, se declaró luto nacional: las banderas ondearon a media asta y el congreso otorgó al ilustre difunto el título de “príncipe de los poetas continentales”. El buque que trasladó el cuerpo viajó con rumbo a México, escoltado por navíos de Cuba, Venezuela y Argentina. Las escalas del viaje hicieron que los multitudinarios homenajes continuaran en Venezuela y Brasil. Cuando arribaron al puerto de Veracruz, cerca de 300,000 personas esperaban para participar en las exequias. El 24 de mayo de 1919, en Montevideo, Uruguay, había muerto Amado Nervo.

¿Cómo fue que este poeta mexicano, nacido en Tepic, Nayarit, en 1870, llegó a ser un autor reconocido y admirado en todo el continente? El propio autor esboza una posible respuesta en sus memorias, al referirse a su nombre completo, José Amado Nervo Ordaz: “desde pequeño, mi madre me decía sólo Amado, así que crecí siendo el amado de mi dulce madre”. Con igual fervor fue, durante toda su vida, el poeta más amado de los países iberoamericanos. Un poeta cuyas obras se agotaban no bien salían a la venta. Situación que no por parecer imposible actualmente, era menos rara entonces.

Al cabo de los años pareciera que tanto la crítica como los propios escritores, principalmente en nuestro país, terminaron por relegarlo. Subsiste el entusiasmo por la poesía de Nervo pero sólo en esa extraña vertiente que asimila algunos de sus textos a las proclamas ingenuas y voluntaristas de la superación personal. Más de una vez habrán escuchado la engolada voz de un locutor —tal vez en una estación de radio de lo que algunos llaman “música romántica”— decir que alguien ha sido “el arquitecto de su propio destino” (frase que proviene de un verso del poema “En paz” de Nervo). No faltará el declamador que en medio de una serenata suelte aquello de “era llena de gracia, como el Ave María” (otro verso más de don Amado, en esta ocasión del poema “Gratia plena”). Por supuesto, en la escuela también se le sigue estudiando como a una especie de santo, un autor que pasó del culto modernista por la orfebrería verbal, a la descarnada pero tranquila sabiduría del asceta. Sin ser esto del todo falso, habrá que reconocer que vuelve más bien aburrido al personaje. Y esto es injusto.

Según lo refiere el propio Nervo, aprendió a leer en un libro de su madre. No era un libro de versos, ni una novela ni un devocionario, era un libro de recetas titulado *La cocinera poblana*. Fue además periodista y cultivó la crónica donde la agudeza mental y el sentido del humor estaban en las antípodas de la figura de bronce del vate inspirado que tan superficialmente se

le endosa. Y para comprobarlo, veamos este texto, contemporáneo del apogeo del aprecio crítico y popular por su obra poética:

¿Quién tendría la temeridad suficiente para llamar “inspirado” a un poeta cualquiera? A mí el que menos me llama “gran”. Lo de “eminente” ya me escuece un poco. En días pasados, un señor me escribió llamándome “milagroso”. Cierto es que se trataba de prepararme para un sablazo de algunos duros; pero, en fin, dada la prodigalidad actual de calificativos confesemos que es lo menos que se me puede decir.

Cuenta Nervo “se trataba de prepararme para un sablazo de algunos duros”, lo que sencillamente quiere decir que el elocuente admirador quería pedirle prestados unos pesos, suponiéndolo fabulosamente rico, ya que era tan famoso...

Tampoco es muy conocido que Amado Nervo tuvo un gran interés por la astronomía y la ciencia ficción. En la sede de la Sociedad Astronómica de México dio un discurso titulado “La literatura lunar y la habilidad de los satélites” donde demostró su amplio conocimiento y afición por esos relatos donde imaginación y adelantos científicos se aúnan para mayor disfrute del lector.

Es por esto que ahora la Colección Caminante dirige sus pasos no tanto hacia el poeta, sino rumbo al poco conocido cuentista que exploró en sus prosas tan-

to los fenómenos del subconsciente (recordemos que hablamos de la época en que apenas surgía el psicoanálisis freudiano), como lo fantástico y lo sobrenatural. La peculiaridad de la escritura de Nervo es que a estos temas sumó la exacerbada sensibilidad modernista por el artificio verbal y un marcado tono erótico que resultaba inquietante para la época y aún mantiene su vigor como elemento de tensión narrativa. Otro rasgo notable se refiere a la ambientación de sus historias. Lejos de los castillos tétricos, los monasterios abandonados y la oscuridad, muchas sus tramas discurren por escenarios modernos, con automóviles y el día perpetuo de la luz eléctrica.

Estos cuentos algunas veces tristes, otras macabros y algunas más con dejos de ironía cercanos al humor negro, nos ofrecen a un autor que nos parecería muy diferente si nos atenemos a lo más difundido de su obra poética. Un autor que no puede reducirse a una fórmula, aunque sí describirse como lo hiciera Rubén Darío en un par de versos que resumen su cifra: “Amado es la palabra que en querer se concentra. / Nervo es la vibración de los nervios del mal”.

Sean, pues, bienvenidos, queridos caminantes, a estos nervios del mal.

La última molestia

— Y aconteció que el carro fúnebre de tercera clase, con sus dos escuálidos caballejos, metiose entre los rieles del tranvía.

Cuando el conductor quiso evitarlo, ya era tarde.

— ¡Nos ha estropeado el viaje! — exclamó con agresivo mal humor.

El carro, como si tal cosa, arrastrábase penosamente por el arroyo. Bostezaba el cochero bajo su grasiento sombrero de copa (pues la “categoría” del difunto no había requerido la peluca blanca), y el ataúd negro con cintas amarillas, mal cerrado, parecía bostezar también su interminable bostezo de eternidad...

Aun cuando suele decirse que los muertos van de prisa, ello se entiende, ¡claro!, de la trayectoria de su recuerdo por nuestra retentiva. Este recuerdo atraviesa la memoria a muchos miles de metros por segundo; es fugaz como los aerolitos. En el cielo de ciertos espíritus, deja, como algunos bólidos, un trémulo rastro de oro, más o menos efímero; pero, en la realidad de la almas, se desvanece bien pronto.

* * *

Sabido es el delicioso cuento (de Anatole France): cierto turista se encontró en un cementerio japonés a una viudita harto apetitosa, que agitaba su abanico sobre la

recién removida tierra del sepulcro de su marido, llorando a lágrima viva.

—¿Por qué tan peregrino rito fúnebre? —preguntó el viajero a su guía, quien interrogando a su vez a la viudita, escuchó esta ingenua y admirable respuesta:

—Mi esposo, en su lecho de muerte, me hizo jurar que no lo olvidaría mientras estuviese húmeda la tierra de su fosa...

... ¡Y por eso soplaba, diligentemente, con su abanico, la viudita!

¡El escéptico y filósofo marido nipón, que conocía bien a su mujer, le había pedido poquísima cosa... y, sin embargo, estuvo a punto de pedirle demasiado!

¡Ah, sí, los muertos van deprisa en nuestra memoria..., pero van muy despacio al cementerio, y la carroza de tercera clase de mi cuento marchaba con una lentitud verdaderamente... fúnebre!

Los ocupantes del tranvía empezaban a impacientarse.

—¡Voy a perder mi tren para El Escorial! —gemía una fiel esposa—. Y mi marido estará inquietísimo... ¡Tendré que telegrafiarle!

—Yo iba a San Antonio de la Florida con mis niñas —afirmaba una crasa mamá, flanqueada por dos muchachas morenas, de buen ver—, pero a este paso llegaré para la cena...

—Es insoportable la estrechez de las calles —vociferó un señor de opiniones avanzadas—. En más de dos años que lleva en el poder el partido conservador,

ya podía haberse abierto la Gran Vía, que ha de descongestionar un poco a este Madrid de mis pecados...

* * *

El cobrador trataba de calmar los ánimos con la perspectiva de la próxima llegada al tramo más ancho de la calle, donde el carro fúnebre se echaría a la izquierda y el tranvía, desdeñosamente, pasaría a la derecha.

¿Y el muerto? El muerto, en tanto, sin pizca de impaciencia, seguía allí muy ricamente, extendido dentro de su caja negra y amarilla.

—¡Será la última molestia que el pobre dé en su vida!
—suspiró una anciana que iba en un rincón del tranvía.

¡La última molestia! El pobre, en efecto, debió de tener raras ocasiones de molestar al prójimo. La muerte le reservaba una suprema compensación: iba a hacer perder a una fiel esposa su tren para El Escorial; a una mamá gorda, con sus chicas, su paseo por los alrededores de San Antonio de la Florida. ¡Iba a impacientar a los novios de las niñas y a ser causa, tal vez, de un rompimiento y, lo que es más grave aún, servía de pretexto para que un señor de ideas avanzadas criticara al gobierno!

Eran demasiados desquites para tan modesto cadáver...

¡Su alma debía sonreír con una sonrisa absolutamente espiritual, en el seno de la cuarta dimensión!

El país en que la lluvia era luminosa

Después de lentas jornadas a caballo por espacio de medio mes y por caminos desconocidos y veredas sesgas, llegamos al país de la lluvia luminosa.

La capital de este país, ignorado ahora, aunque en un tiempo fue escenario de claros hechos, era una ciudad gótica, de callejas retorcidas, llenas de sorpresas románticas, de recodos de misterio, de ángulos de piedra tallada, en que los siglos acumularon su pátina señorial, de venerables matices de acero.

Estaba la ciudad situada a la orilla de un mar poco frecuentado; de un mar cuyas aguas, infinitamente más fosforescentes que las del océano Pacífico, producían con su evaporación ese fenómeno de la lluvia luminosa.

Como es sabido, la fosforescencia de ciertas aguas se debe a bacterias que viven en la superficie de los mares, a animalículos microscópicos que poseen un gran poder fotogénico, semejante en sus propiedades al de los cocuyos, luciérnagas y gusanos de luz.

Estos microorganismos, en virtud de su pequeñez, cuando el agua se evapora, ascienden con ella, sin dificultad alguna. Más aún: como sus colonias innumerables son superficiales, la evaporación las arrebatada por

miríadas, y después, cuando los vapores se condensan y viene la lluvia, en cada gota palpitan incontables animalículos, prodigios de luz, que producen el bello fenómeno a que se hace referencia.

A decir verdad, el mar a cuyas orillas se alzaba la ciudad término de mi viaje, no siempre había sido fosforescente. El fenómeno se remontaba a dos o tres generaciones. Provenía, si ello puede decirse, de la aclimatación en sus aguas de colonias fotogénicas (más bien propias de los mares tropicales), en virtud de causas térmicas debidas a una desviación del *Gulf stream*, y a otras determinantes que los sabios, en su oportunidad, explicaron de sobra. Algunos ancianos del vecindario recordaban haber visto caer, en sus mocedades, la lluvia oscura y monótona de las ciudades del Norte, madre del esplín y de la melancolía.

* * *

Desde antes de llegar a la ciudad, al pardear la tarde de un soleado y esplendoroso día de julio, gruesas nubes, muy bajas, navegaban en la atmósfera torva y electrizada.

El guía, al observarlas, me dijo:

—Su merced va a tener la fortuna de que llueva esta noche. Y será un aguacero formidable.

Yo me regocijé en mi ánima, ante la perspectiva de aquel diluvio de luz...

Los caballos, al aspirar el hálito de la tormenta, apresuraron el paso monorrítmico.

Cuando aún no trasponíamos las puertas de la ciudad, el aguacero se desencadenó.

Y el espectáculo que vieron nuestros ojos fue tal, que refrenamos los corceles, y a riesgo de empaparnos como una esponja, nos detuvimos a contemplarlo.

Parecía como si el caserío hubiese sido envuelto de pronto en la terrible y luminosa nube del Sinaí...

Todo en contorno era luz: luz azulada que se desflecaba de las nubes en abalorios maravillosos; luz que chorreaba de los techos y era vomitada por las gárgolas, como pálido oro fundido; luz que, azotada por el viento, se estrellaba en enjambres de chispas contra los muros; luz que con ruido ensordecedor se despeñaba por las calles desiguales, formando arroyos de un zafiro o de un nácar trémulo y cambiante.

Parecía como si la luna llena se hubiese licuado y cayese a borbotones sobre la ciudad...

Pronto cesó el aguacero y traspusimos las puertas. La atmósfera iba serenándose.

A los chorros centelleantes había sustituido una llovizna diamantina de un efecto prodigioso.

A poco cesó también ésta y aparecieron las estrellas, y entonces el espectáculo fue más sorprendente aún: estrellas arriba, estrellas abajo, estrellas por todas partes.

De las mil gárgolas de la Catedral caían todavía tenues hilos lechosos. En los encajes seculares de las torres brillaban prendidas millares de gotas temblonas, como si los gnomos hubiesen enjoyado la selva de piedra. En los plintos, en los capiteles, en las estatuas posadas sobre las columnas; en las cornisas, en el calado de las ojivas, en todas las salientes de los edificios, anidaban glóbulos de luz mate. Los monstruos medievales, acurrucados en actitudes grotescas, parecían llorar lágrimas estelares.

Y por las calles inclinadas y retorcidas, como un dragón de ópalo fundido, la linfa brillante huía desenfundada, saltando aquí en cascadas de llamas lívidas, bifurcándose allá, formando acullá remansos aperlados en que se copiaban las eminentes siluetas de los edificios, como en espejos de metal antiguo...

Los habitantes de la ciudad (las mujeres, sobre todo), que empezaban a transitar por las aceras de viejas baldosas ahora brillantes, llevaban los cabellos enjoyados por la lluvia cintiladora. Y un fulgor misterioso, una claridad suave y enigmática se desparramaba por todas partes.

Parecía como si millares de luciérnagas caídas del cielo batiesen sus alas impalpables.

Absorto por el espectáculo nunca soñado, llegué sin darme cuenta, y precedido siempre de mi guía, al albergue principal de la ciudad.

En la gran puerta, un hostelero obeso y cordial me miraba sonriendo y avanzó complaciente para ayudarme a descender de mi cabalgadura, a tiempo que una doncella rubia y luminosa como todo lo que la rodeaba, me decía desde el ferrado balcón que coronaba la fachada:

—Bienvenida sea su merced a la ciudad de la lluvia luminosa.

Y su voz era más armoniosa que el oro cuando choca con el cristal.

El «ángel caído»

*Cuento de Navidad, dedicado a mi sobrina,
María de los Ángeles*

Érase un ángel que, por retozar más de la cuenta sobre una nube crepuscular teñida de violetas, perdió pie y cayó lastimosamente a la Tierra.

Su mala suerte quiso que, en vez de dar sobre el fresco césped, diese contra bronca piedra, de modo y manera que el cuitado se estropeó un ala, el ala derecha, por más señas.

Allí quedó despatarrado, sangrando, y aunque daba voces de socorro, como no es usual que en la Tierra se comprenda el idioma de los ángeles, nadie acudía en su auxilio.

En esto acertó a pasar no lejos un niño que volvía de la escuela, y aquí empezó la buena suerte del caído, porque como lo niños sí suelen comprender la lengua angélica (en el siglo xx mucho menos, pero en fin), el chico allegose al mísero y sorprendido primero y compadecido después, tendiole la mano y le ayudó a levantarse.

Los ángeles no pesan, y la leve fuerza del niño bastó y sobró para que aquél se pusiese en pie.

Su salvador ofreciole el brazo y viose entonces el más raro espectáculo: un niño conduciendo a un ángel por los senderos de este mundo.

Cojeaba el ángel lastimosamente, ¡es claro! Acontecía lo que acontece a los que nunca andan descalzos: el menor guijarro le pinchaba de un modo atroz. Su aspecto era lamentable. Con el ala rota, dolorosamente plegada, manchado de sangre y lodo el plumaje resplandeciente, el ángel estaba para dar compasión.

Cada paso le arrancaba un grito; los maravillosos pies de nieve empezaban a sangrar también.

—No puedo más —dijo al niño.

Y, éste, que tenía su miaja de sentido práctico, respondióle:

—A ti (porque desde un principio se tutearon), a ti lo que te falta es un par de zapatos. Vamos a casa, diré a mamá que te los compre.

—¿Y qué es eso de zapatos? —preguntó el ángel.

—Pues mira —contestó el niño mostrándole los suyos—: algo que yo rompo mucho y que me cuesta buenos regaños.

—¿Y yo he de ponerme eso tan feo?...

—Claro..., ¡o no andas! Vamos a casa. Allí mamá te frotará con árnica y te dará calzado.

—Pero si ya no me es posible andar... ¡cárgame!

—¿Podré contigo?

—¡Ya lo creo!

Y el niño alzó en vilo a su compañero sentándolo en su hombro, como lo hubiera hecho un diminuto San Cristóbal.

—¡Gracias! —suspiró el herido—; qué bien estoy así... ¿Verdad que no peso?

—¡Es que yo tengo fuerzas! —respondió el niño con cierto orgullo y no queriendo confesar que su celeste fardo era más ligero que uno de plumas.

En esto se acercaban al lugar, y os aseguro que no era menos peregrino ahora que antes el espectáculo de un niño que llevaba en brazos a un ángel, al revés de lo que nos muestran las estampas.

Cuando llegaron a la casa, sólo unos cuantos chichuelos curiosos les seguían. Los hombres, muy ocupados en sus negocios, las mujeres que comadreaban en las plazuelas y al borde de las fuentes, no se habían percatado de que pasaban un niño y un ángel. Sólo un poeta que divagaba por aquellos contornos, asombrado clavó en ellos los ojos y sonriendo beatamente los siguió durante buen espacio de tiempo con la mirada... Después se alejó pensativo...

Grande fue la piedad de la madre del niño cuando éste le mostró a su alirroto compañero.

—¡Pobrecillo! —exclamó la buena señora—; le dolerá mucho el ala, ¿eh?

El ángel, al sentir que le hurgaban la herida, dejó oír un lamento armonioso. Como nunca había conocido el dolor, era más sensible a él que los mortales, forjados para la pena.

Pronto la caritativa dama le vendó el ala, a decir verdad, con trabajo, porque era tan grande que no bas-

taban los trapos; y más aliviado y lejos ya de las piedras del camino, el ángel pudo ponerse en pie y enderezar su esbelta estatura.

Era maravilloso de belleza. Su piel translúcida parecía iluminada por suave luz interior y sus ojos, de un hondo azul de incomparable diafanidad, miraban de manera que cada mirada producía un éxtasis.

* * *

—Los zapatos, mamá, eso es lo que le hace falta. Mientras no tenga zapatos, ni María ni yo (María era su hermana) podremos jugar con él —dijo el niño.

Y eso era lo que le interesaba sobre todo: jugar con el ángel.

A María, que acaba de llegar también de la escuela, y que no se hartaba de contemplar al visitante, lo que le interesaban más eran las plumas; aquellas plumas gigantescas, nunca vistas, de ave del Paraíso, de quetzal heráldico..., de quimera, que cubrían las alas del ángel. Tanto, que no pudo contenerse, y acercándose al celeste herido, sinuosa y zalamera, cuchicheole estas palabras:

—Di, ¿te dolería que te arrancase yo una pluma? La deseo para mi sombrero...

—Niña —exclamó la madre, indignada, aunque no comprendía del todo aquel lenguaje.

Pero el ángel, con la más bella de sus sonrisas, le respondió extendiendo el ala sana:

—¿Cuál te gusta?

—Ésta tornasolada...

—¡Pues tómala!

Y se la arrancó resuelto, con movimiento lleno de gracia, extendiéndola a su nueva amiga, quien se puso a contemplarla embelesada.

No hubo manera de que ningún calzado le viniese al ángel. Tenía el pie muy chico, y alargado en una forma deliciosamente aristocrática, incapaz de adaptarse a las botas americanas (únicas que había en el pueblo), las cuales le hacían un daño tremendo, de suerte que claudicaba peor que descalzo.

La niña fue quien sugirió, al fin, la buena idea:

—Que le traigan —dijo— unas sandalias. Yo he visto a San Rafael con ellas, en las estampas en que lo pintan de viaje, con el joven Tobías, y no parecen molestarle en lo más mínimo.

El ángel dijo que, en efecto, algunos de sus compañeros las usaban para viajar por la tierra; pero que eran de un material finísimo, más rico que el oro, y estaban cuajadas de piedras preciosas. San Crispín, el bueno de San Crispín, fabricábalas.

—Pues aquí —observó la niña— tendrás que contentarte con unas menos lujosas, y déjate de santos si las encuentras.

Por fin, el ángel, calzado con sus sandalias y bastante restablecido de su mal, pudo ir y venir por toda la casa.

Era adorable escena verle jugar con los niños. Parecía un gran pájaro azul, con algo de mujer y mucho de paloma, y hasta en lo zurdo de su andar había gracia y señorío.

Podía ya mover el ala enferma, y abría y cerraba las dos con movimientos suaves y con un gran rumor de seda abanicando a sus amigos.

Cantaba de un modo admirable, y refería a sus dos oyentes historias más bellas que todas las inventadas por los hijos de los hombres.

No se enfadaba jamás. Sonreía casi siempre, y de cuando en cuando se ponía triste.

Y su faz, que era muy bella cuando sonreía, era incomparablemente más bella cuando se ponía pensativa y melancólica, porque adquiría una expresión nueva que jamás tuvieron los rostros de los ángeles y que tuvo siempre la faz del Nazareno, a quien, según la tradición, «nunca se le vio reír y sí se le vio muchas veces llorar».

Esta expresión de tristeza augusta fue, quizá, lo único que se llevó el ángel de su paso por la tierra...

¿Cuántos días transcurrieron así? Los niños no hubieran podido contarlos; la sociedad con los ángeles, la fa-

miliaridad con el Ensueño, tienen el don de elevarnos a planos superiores, donde nos sustraemos a las leyes del tiempo.

El ángel, enteramente bueno ya, podía volar, y en sus juegos maravillaba a los niños, lanzándose al espacio con una majestad suprema; cortaba para ellos la fruta de los más altos árboles, y, a veces, los cogía a los dos en sus brazos y volaba de esta suerte.

Tales vuelos, que constituían el deleite mayor para los chicos, alarmaban profundamente a la madre.

—No vayáis a dejarlos caer por inadvertencia, señor Ángel —gritábale la buena mujer—. Os confieso que no me gustan juegos tan peligrosos...

Pero el ángel reía y reían los niños, y la madre acababa por reír también, al ver la agilidad y la fuerza con que aquél los cogía en sus brazos, y la dulzura infinita con que los depositaba sobre el césped del jardín... ¡Se hubiera dicho que hacía su aprendizaje de Ángel Custodio!

—Sois muy fuerte, señor ángel —decía la madre, llena de pasmó.

Y el ángel, con cierta inocente suficiencia infantil, respondía:

—Tan fuerte, que podría zafar de su órbita a una estrella.

Una tarde, los niños encontraron al ángel sentado en un poyo de piedra, cerca del muro del huerto, en actitud de tristeza más honda que cuando estaba enfermo.

—¿Qué tienes? —le preguntaron al unísono.

—Tengo —respondió— que ya estoy bueno; que no hay ya pretexto para que permanezca con vosotros...; ¡que me llaman de allá arriba, y que es fuerza que me vaya!

—¿Que te vayas? ¡Eso nunca! —replicó la niña.

—¿Y qué he de hacer si me llaman?...

—Pues no ir...

—¡Imposible!

Hubo una larga pausa llena de angustia.

Los niños y el ángel lloraban.

De pronto, la chica, más fértil en expedientes, como mujer, dijo:

—Hay un medio de que no nos separemos...

—¿Cuál? —preguntó el ángel, ansioso.

—Que nos lledes contigo.

—¡Muy bien! —afirmó el niño palmoteando.

Y con divino aturdimiento, los tres pusieronse a bailar como unos locos.

Pasados, empero, estos transportes, la niña quedóse pensativa, y murmuró:

—Pero, ¿y nuestra madre?

—¡Eso es! —corroboró el ángel—; ¿y vuestra madre?

—Nuestra madre —sugirió el niño— no sabrá nada... Nos iremos sin decírselo... y cuando esté triste, vendremos a consolarla.

—Mejor sería llevarla con nosotros —dijo la niña.
—¡Me parece bien! —afirmó el ángel—. Yo volveré por ella.

—¡Magnífico!

—¿Estáis, pues, resueltos?

—Resueltos estamos.

Caía la tarde fantásticamente, entre niágaras de oro.

El ángel cogió a los niños en sus brazos, y de un solo ímpetu se lanzó con ellos al azul luminoso.

La madre en esto llegaba al jardín, y toda trémula vióles alejarse.

El ángel, a pesar de la distancia, parecía crecer. Era tan diáfano que a través de sus alas se veía el sol.

La madre, ante el milagroso espectáculo, no pudo ni gritar. Quedose alelada, viendo volar hacia las llamas del ocaso aquel grupo indecible, y cuando, más tarde, el ángel volvió al jardín por ella, la buena mujer estaba aún en éxtasis.

Como en las estampas

—Señor —murmuró Jehel, espíritu angélico de gran intelectualidad que acompaña frecuentemente al Increado en su vuelo majestuoso de los mundos—, señor, entre las almas que pugnan por desprenderse de su envoltura carnal esta Nochebuena en la Tierra, veo una que me interesa de modo especial; es el alma de cierta adolescente rubia, de catorce años, que ha pasado la existencia en perpetuo éxtasis. Hija de padres piadosos, desde muy niña oyó hablar del Paraíso, tal cual lo ha fingido el incorregible e ingenuo antropomorfismo de los pueblos. En el convento, donde creció como florecita pálida, no se le hablaba más que de esos dos polos extremos, entre los cuales se mecen el pavor y la esperanza de las turbas creyentes: el infierno y el cielo. Pero de tal suerte era buena, dulce, apacible, inmaculada, que las propias madres y el mismísimo confesor creyeron inútil empañar su serenidad con miedos inoportunos, y casi nunca le ponderaron los tormentos eternos, las gehenas implacables, describiéndole en cambio siempre las maravillas del místico Edén.

Así, pues, en sus sueños, como en la escala del patriarca beduino, iban y venían los ángeles. Para ella, la gloria es análoga a los cuadros de Fray Angélico y de Filippo Lippi. Para ella, el Empíreo está formado de espira-

les de santos, de virtudes, de potestades, de querubines y serafines multicolores. Es como un jardín animado de una indecible policromía, que se asienta en nubes resplandecientes. Los ángeles, los arcángeles, las dominaciones, pliegan o abren sus enormes alas franjeadas de oro y teñidas de un azul, de un rojo o de un amarillo delicados; los querubines y serafines son como corolas de plumas trémulas, como margaritas enormes en cuyo centro hay un rostro enigmático. Muchos seres alados tañen arpas y cítaras de marfil, y en el vértice de la espiral mágica, un Anciano de inmensa barba nívea, de tiara relumbrante. Tú, Señor, según la concepción de los hombres sencillos, te muestras, teniendo a tu diestra a Cristo (que hoy nace para los humanos) y entre vosotros una paloma palpitante de luz y de amor...

—¡Qué va a experimentar el alma de esta niña —añadió Jehel— cuando se desligue de la carne y se encuentre en el seno de la cuarta dimensión! ¡Cuál va a ser su extrañeza, cuál su azoramiento al hallarse en el espacio negro, sin límites, entre el silencioso gravitar de los mundos; al ver perderse vertiginosamente a lo lejos, como un enjambre dorado, los planetas del sistema solar! ¡Qué desorientación más angustiosa la suya cuando no te encuentre ni pueda verte. ¡Oh, Increado!, porque le faltan para ello tantas etapas, tantos ciclos aún infranqueables!

¡Piensa, Señor, fuente de toda piedad, en esa almita que no ha podido concebirte sino a través de las estam-

pas de los devocionarios, de las imágenes de las iglesias, del incienso blanco y aromático, y de los cirios que la-crimean, chisporroteando su cera pálida!...

¡Me intereso por ella, Señor! ¡Algunas veces, en mis viajes por la tierra, sobre todo en las noches de diciembre, he dejado en su frente, mientras dormía, besos impalpables! ¡Gracias a mí, en sus puros labios han florecido, al despertar, muchas sonrisas de gratitud al ensueño!... ¡Que no sufra, Señor! ¡Mira que se acerca ya su convulsión postrera!... ¡Advierte cómo en su camita, rodeada de los suyos, va a abrir los ojos azules para esa última mirada en que parece copiarse toda la hondura de lo desconocido!... ¡Señor bueno, que no experimente ninguna desilusión! ¡Que no tenga miedo!...

—Jehel —respondió el Espíritu que es causa de las causas—, Jehel (y sonreía, si es que puede darse este nombre al sutil resplandor de su divino pensamiento afectuoso), bien se ve que eres un poeta... Anda, acércate a esa almita, tómalala contigo y fíngele en redor, en cuanto se desprenda de su cuerpo, uno de los paraísos que pintaron los primitivos. Pon muchas jerarquías de oro; pon mantos de un azul esmaltado y profundo, de un guinda de viejo vino; pon aureolas con rayos simétricos, mucha luz, mucho amor, y haz que una música inmaterial toque desde ahora para sus oídos de agonizante melodías deliciosas... ¡Ya, más tarde, con suavidad, la iniciarás en esa augusta y muda sabiduría de la muerte!

El obstáculo

Por el sendero misterioso, recamado en sus bordes de exquisitas plantas en flor y alumbrado blandamente por los fulgores de la tarde, iba ella, vestida de verde pálido, verde caña, con suaves reflejos de plata, que sentaba incomparablemente a su delicada y extraña belleza rubia.

Volvió los ojos, me miró larga y hondamente y me hizo con la diestra signo de que la siguiera.

Eché a andar con paso anhelado; pero de entre los árboles de un soto espeso surgió un hombre joven, de facciones duras, de ojos acerados, de labios imperiosos.

—No pasarás —me dijo, y puesto en medio del sendero abrió los brazos en cruz.

—Sí pasaré —respondile resueltamente y avancé; pero al llegar a él vi que permanecía inmóvil y torvo.

—¡Abre camino! —exclamé.

No respondió.

Entonces, impaciente, le empujé con fuerza.

No se movió.

Lleno de cólera al pensar que la Amada se alejaba, agachando la cabeza embestí a aquel hombre con vigor acrecido por la desesperación; mas él se puso en guardia y, con un golpe certero, me echó a rodar a tres metros de distancia.

Me levanté maltrecho y con más furia aún volví al ataque dos, tres, cuatro veces; pero el hombre aquel, cuya apariencia no era de Hércules, pero cuya fuerza sí era brutal, arrojome siempre por tierra, hasta que al fin, molido, deshecho, no pude levantarme...

¡Ella, en tanto, se perdía para siempre!

De muy lejos me envió una postrer mirada de reproche.

—¿Me dejas partir? —parecía decirme.

Aquella mirada reanimó mi esfuerzo e intenté aún agredir a aquel hombre obstinado e impasible, de ojos de acero; pero él me miró a su vez de tal suerte, que me sentí desarmado e impotente.

Entonces una voz interior me dijo:

—¡Todo es inútil; nunca podrás vencerle!

Y comprendí que aquel hombre era mi Destino.

Los que no quieren creer que son amados

Se hablaba de Carlos N., un cuarentón distinguido, jovial, a la sazón en París, y alguien dijo:

—Vendrá en estos días a Biarritz.

—En ese caso —prorrumpió nerviosa y precipitadamente nuestra amiguita Ivona, la más guapa, seductora y capitosa de la reunión— ya sé lo que tengo que hacer: marcharme de aquí en seguida.

—Pero, ¿por qué? —preguntamos nosotros.

Respondió ella:

—Porque no quiero encontrarme con Carlos, ni en Biarritz ni en ninguna parte.

Y ante la expresión de sorpresa que había en nuestros rostros, Ivona explicó:

—Es el hombre que más me ha hecho sufrir en el mundo y el único a quien, sin duda, he querido.

—Pero si Carlos tiene el carácter más dulce de la Tierra... Sería incapaz de quebrar la caña cascada y de apagar la mecha que aún humea, según la expresión bíblica.

—Pues con eso y todo, me ha hecho sufrir lo indecible. ¿Saben ustedes por qué? Por su escepticismo. Desde que le conocía (yo era entonces una pobre midinette de chez Paquin) se me entró por todas las ven-

tan del corazón. Lo quise con fiebre... Pero él tenía por principio capital en la vida que ninguna mujer podía amarle. Afectuoso, admirablemente bien educado, lleno de generosidad, se sentía, sin embargo, incapaz de creer en la afección, en la generosidad de los otros. En el fondo de su espíritu velaba la idea de que, siendo feo, con sus treinta y ocho años cumplidos y una enfermedad crónica que padece, no era posible que una muchacha —y mucho menos una parisiense— pudiera quererle sino por su dinero... Claro que no lo decía jamás. Es demasiado inteligente y correcto para molestar a nadie; pero lo pensaba... y yo sabía que lo pensaba, y ése era mi infierno.

Soy naturalmente expresiva, mimosa, un poquito arrebatada, y solía llenarle de caricias. Él las recibía y devolvía con cierta grave cordialidad indulgente; pero a todas mis confesiones y afirmaciones, a todos mis «te adoro», contestaba con una sonrisa odiosa (sí, odiosa por la duda) y con un: «¡Vamos, no es para tanto; no exageremos!», que ponía hielo en las entrañas.

Herida a cada instante en mi amor propio de enamorada, acabé por empeñarme en la más cruel de las luchas: en llevar a su alma la convicción de mi idolatría exclusiva. ¡Pero todo fue en vano! ¡Jamás me creyó! Llegó hasta apagar (siempre diferente y piadoso) aquella sonrisa que me hacía daño; mas la duda, el escepticismo amable y mundano, mejor dicho, anclado en el fondo de su ser desde la primera juventud, triunfó en

mis pruebas, de mis sacrificios, de mi abnegación... y un día, después de cuatro años de aquella horrible vida, segura de lo incurable de su enfermedad y de lo estéril de mi empeño, le dejé escritas tres palabras: «Me voy. ¡Adiós!...» y partí.

Supe después que, comentando mi huida, se había limitado a decir a sus amigos: «¡Era natural!... ¡Me lo esperaba!»: ¡y que sonreía!... ¡con aquella sonrisa!

La humanidad —dije yo, comentando el amargo relato de Ivona— rara vez da en el nudo de la ponderación. El hombre o es un animal fanático o un animal escéptico. Me río yo, por ejemplo, de los ateos que justifican su incredulidad con «la falta de pruebas positivas». Si a las doce de un bello día de junio, el propio Jesucristo descendiese sobre la plaza de la Concordia, en una nube resplandeciente, y se detuviese sobre el vértice del obelisco, la multitud empezaría a vociferar: «¡Milagro! ¡Milagro!...»; y acabaría por discutir el hecho acaloradamente, con la ayuda de los sabios oficiales, hasta convenir en que todo había sido alucinación colectiva. En el hombre de mundo —añadí— esta incredulidad arranca sobre todo el amor propio. Creemos que hace un papel de sobra desairado y ridículo el que, por la presunción de juzgarse querido, se encuentra con el desengaño, saltándole donde menos lo piensa, como la liebre del refrán.

Además, en esta época *snob*, en que toda idealidad y todo sentimiento se consideran cursis en el grupo

reducido —y verdaderamente cursi con la peor de las cursilerías: la espiritual, de los aristócratas—, la ingenua confesión de creerse amado provoca sonrisas misericordiosas. Por huir cobardemente de ellas; por el afán de adaptar su personalidad a los estúpidos cánones de los llamados hombres distinguidos, se acaba por caer en el extremo opuesto a la credulidad, que es ese escepticismo risueño que se considera de buen tono y que a toda afirmación contesta con un irónico «¿Lo cree usted así?».

—Es muy cierto lo que usted asienta —afirmó Rafael, uno de los del grupo—, y esta credulidad no siempre para, como la de Carlos, en la huida de Ivona. Yo presencié un hecho trágico —que desde hace rato rabiaba por referirles, de cuya autenticidad le respondo con mi palabra de honor, y que se desarrolló, brutal e impensado, no hace aún dos años.

Uno de mis mejores y más aristocráticos amigos, cubano de origen, había tenido piedad de cierta muchacha andaluza, próxima a rodar por el arroyo, a causa de la miseria y de los manejos de una madre digna del garrote. Llevola a vivir a un pisito alegre, y solía invitar allí a sus amigos, pollos elegantes todos, como él, y celebrar cordiales yantares, en que la mejor salsa era el buen humor unánime.

La andaluza, de naturaleza apasionada, de temperamento exclusivista, de incomparable fidelidad, había acabado por adorar a su amigo y protector, y se lo decía a cada paso, delante de todos.

Él sonreía, callaba y se dejaba querer; pero en el fondo de su corazón dormía la duda, esa duda amable, cortés, sonriente, mundana, de que hablaba usted. Y una noche en que el *champagne* había vertido más oro y perlas que de ordinario en la cristalina fragilidad de las cosas, ella, enredándole los brazos al cuello, fue más afirmativa que otras veces:

—¡Te adoro —le dijo con énfasis meridional—, y por ti daría la vida!

Él sonrió —¡con aquella sonrisa!— y respondió paternalmente, con un ligero metal de ironía en la voz:

—Vamos, chicuela, no es para tanto (¡lo mismo que Carlos!).

—¡Te juro que por ti daría mi vida! —insistió ella con más énfasis aún.

—¡Vaya, vaya —tornó él a responder—, no exageremos!

—¿Entonces tú no crees que te quiero hasta ese punto?

—Yo creo que, naturalmente, algún afecto has de tenerme. No en balde he procurado suavizar y embellecer tu vida...

—¡Eso sería gratitud! —replicó ella—, y yo te hablo de amor. ¿No crees, pues, que te adoro, que te idolatro, que sería capaz de morir por ti?...

—Lo que tú quieras —repuso mi amigo, dándole una palmadita en el hombro—. No vamos a reñir por eso...

—¡Ah, bien se ve que no lo crees!... —exclamó ella amargamente—. ¡Bueno, pues yo te lo probaré hasta la evidencia!

Y pasando del diapasón trágico al ligero, cogió una copa, se la hizo llenar de *champagne* y la bebió de un sorbo.

Poco después se nos escapó del comedor, en los instantes en que el aturdimiento alegre de todos menudeaba historias, charlas y risas, y de pronto, en medio de la algazara, sonó sordamente un tiro.

En ese momento todos comprendimos como si una convicción telepática se hubiera producido en nuestros cerebros, y echamos a correr hacia la alcoba de la muchacha, encontrando a ésta muerta en su lecho, con la sien perforada por una bala y con una *browning* diminuta en la diestra.

El héroe

Acababa de llegar aquella mañana a la línea de fuego.

Tenía el aspecto cansado; la fisonomía, grave y triste.

Aun cuando hablaba el francés sin acento, en su rostro, patinado por soles ardientes, traía el sello de su origen lejano.

Cuando el Coronel pidió un hombre resuelto que se adelantara en pleno día hasta las trincheras enemigas y, por medio de un teléfono de campaña, le diese determinados informes (en aquel momento preciosos), él se ofreció, con cierta nerviosidad, antes que nadie.

Avanzó lentamente, reptando.

El llano interminable, escueto, glacial, sin accidentes, no ofrecía refugio ninguno.

Se concebía con pena que aquella desolación tan hosca escondiese en su seno más de dos millones de seres, jóvenes, robustos; más de dos millones de vidas, de actividades, de anhelos, ahora ocupados únicamente en destruirse.

Después de un interminable arrastrarse, el hombre aquel llegó al fin a las alambradas del enemigo. Nadie lo había visto. La niebla lo ayudaba. Preparó el teléfono y púsose a comunicar sus observaciones.

Cumplida su misión, volvió hacia los suyos, con muchas menos preocupaciones, como si, hecho el deber, la vida no tuviese ya para él ninguna importancia.

Los alemanes lo habían visto y dispararon sobre él, inútilmente, muchas balas.

Sus compañeros le felicitaron por el éxito pleno de la pequeña empresa.

Él fue a meterse silenciosamente en su agujero.

Desde aquel día, en cuantas comisiones había peligro, él se ofrecía, taciturno, pero con no sé qué resolución premiosa.

Muchas veces se le hizo el honor de enviarle a sitios donde era temeridad permanecer cada segundo.

Pero la muerte parecía desdeñarle. Al volver, se le felicitaba siempre, y en un ocasión le prendieron en el pecho la medalla del Mérito Militar.

Sin embargo, la enhorabuena y los aplausos se hubiera dicho que le contrariaban, y que le pesaba en el alma aquella indemnidad milagrosa.

Un día, en cierto repliegue, después de reñido contraataque, el Coronel de su batallón quedó herido, cerca de las trincheras alemanas.

Lo dejaron inadvertidamente en el campo... Se retorció, con las piernas rotas, sin quejarse.

El hombre taciturno avanzó en medio de un chaparrón de proyectiles, impasible. Cogió al jefe en brazos y lentamente echó a andar hacia su trinchera.

Llegó con su carga a donde quería, pero con tres balas en el cuerpo.

Momentos después, moría apaciblemente...

Antes de enterrarlo, un compañero, por orden del oficial, registró sus bolsillos, a fin de enviar a su familia papeles, recuerdos.

Se le encontró una carta de América, una carta breve, despiadada en su concisión.

«Amigo mío —decía la carta—: Tú me pediste siempre franqueza, aun cuando fuese brutal, según tus palabras. Ha llegado el momento de usarla.

Hace tiempo comprendiste, con razón, que yo no te amaba, que me casé contigo obligada por circunstancias dolorosas. Pero ignorabas quizá que amo a otro hombre con toda mi alma, con todas mis fuerzas... Pienso que la distancia es oportuna acaso para amortiguar el golpe que te doy... llorando, porque no soy mala, pero impulsada por un destino todopoderoso.

No te pido que me perdones, porque yo, en tu caso, no perdonaría..., pero sí que procures olvidar.»

El «héroe» había muerto de esa carta, desde antes que lo mataran las balas alemanas.

El propio día que la recibió, alistose como voluntario, pidiendo insistentemente que lo enviaran a la línea de fuego.

Quería caer sirviendo a la tierra francesa, hospitalaria y bella.

Le costó trabajo lograr su deseo. Morir es a veces muy difícil. La inconsciencia perenne que solemos anhelar en nuestros momentos de cansancio y de tedio, es una formidable concesión del Destino escatimada avaramente a los que la necesitan y no quieren recurrir a la vulgaridad del suicidio.

El dolor con plena conciencia constituye quizá una colaboración misteriosa para los designios escondidos del Universo.

El oficial a quien entregaron la carta después de leerla él solo, la rompió en menudos pedazos.

—Es un papel sin imortancia —dijo.

Piadosamente había pensado, en un momento de lucidez cordial, que convenía dejar intangible aquella heroicidad falsa, aquella heroicidad que no había sido más que romántica desesperación como tantas otras heroicidades, y propuso que sobre la sencilla cruz a cuyo amparo iba a dormir el extranjero taciturno se pudiese esta inscripción, que los soldados de la compañía encontraron enigmática:

Amó y murió heroicamente

La novia de Corinto

Había en Grecia, en Corinto, cierta familia, compuesta del padre, la madre y una hija de dieciocho años.

La hija murió. Pasaron los meses y habían transcurrido ya seis, cuando un mancebo, amigo de los padres, fue a habitar por breves días la casa de éstos.

Diósele una habitación relativamente separada de las otras, y cierta noche llamó con discreción a su puerta una joven de rara belleza.

El mancebo no la conocía; pero seducido por la hermosura de la doncella, se guardó muy bien de hacerle impertinentes preguntas.

Un amor delicioso nació de aquella primera entrevista, un amor en que el mancebo saboreaba no sé qué sensación extraña de hondura, de misterio, mezclados con un poco de angustia...

La joven le ofreció la sortija que llevaba en uno de sus marfileños y largos dedos.

Él la correspondió con otra...

Muchas cosas ingenuas y suaves brotaron de los labios de los dos.

En la amada había un tenue resplandor de melancolía y una como seriedad prematura.

En sus ternuras ponía ella no sé qué de definitivo.

A veces parecía distraída, absorta, y de una frialdad repentina. En sus facciones, aun con el amor, alternaban serenidades marmóreas.

Pasaron bastante tiempo juntos.

Ella consintió en compartir algunos manjares de que él gustaba. Por fin se despidió, prometiendo volver la noche siguiente, y fuese con cierto ritmo lento y augusto en el andar...

Pero alguien se había percatado, con infinito asombro, de su presencia en la habitación del huésped; este alguien era la nodriza de la joven; nodriza que hacía seis meses había ido a enterrarla en el cercano cementerio.

Conmovida hasta los huesos, echó a correr en busca de los padres y les reveló que su hija había vuelto a la vida.

—¡Yo la he visto! —exclamó.

Los padres de la muerta no quisieron dar crédito a la nodriza; mas para tranquilizar a la pobre vieja, la madre prometió acompañarla a fin de ver la aparición.

Sólo que aún no amanecía. El mancebo, a cuya puerta se asomaron de puntillas, parecía dormir.

Interrogado al día siguiente, confesó que, en efecto había recibido la visita de una joven, y mostró el anillo que ella le había dado en cambio del suyo.

Este anillo fue reconocido por los padres. Era el mismo que la muerta se había llevado en su dedo glacial. Con él la habían enterrado hacía seis meses.

—Seguramente —dijeron— el cadáver de nuestra hija ha sido despojado por los ladrones.

Mas como ella había prometido volver a la siguiente noche, resolvieron aguardarla y presenciar la escena.

La joven volvió, en efecto... Volvió con su extraño ambiente de enigma...

El padre y la madre fueron prevenidos secretamente, y al acudir reconocieron a su hija fenecida.

Ella, no obstante, permanecía fría ante sus caricias.

Más aún, les hizo reproches por haber ido a turbar su idilio.

—Me han sido concedidos —les dijo— tres días solamente para pasarlos con el joven extranjero, en esta casa donde nací...

Ahora tendré que dirigirme al sitio que me está designado.

Dicho esto, cayó rígida, y su cuerpo se quedó allí visible para todos.

Fue abierta la tumba de la doncella, y en medio del mayor desconcierto de los espíritus... se la encontró vacía de cadáver; sólo la sortija ofrecida al mancebo reposaba sobre el ataúd.

El cuerpo —dice la historia— fue trasladado como el de un vampiro, y enterrado fuera de los muros de la ciudad, con toda clase de ceremonias y sacrificios.

Esta narración es muy vieja y ha corrido de boca en boca entre gentes de las cuales ya no queda ni el polvo.

La señora Croide la recogió, como una florecilla de misterio, en su libro *The Night Side of Nature*.

Confieso que a mí me deja un perfume de penetrante poesía en el alma.

Ella, no obstante, permanecía fría ante la palabra fúnebremente agresiva, e inclinémonos ante el arcano, ante lo incomprensible de una vida de doncella que no se sentía completa más allá de la tumba.

Pensemos con cierta íntima ternura en esa virgen que vino de las riberas astrales a buscar a un hombre elegido y a cambiar con él el anillo de bodas...

Los esquifes

—Mira —me dijo el Espíritu cuando hubimos trepado a la áspera roca desde la cual se dominaba el maravilloso paisaje—: ¿ves ese mar tan manso sin un rizo, sin una onda, que lantejuea dulcemente al fulgor de la luna? Es el verdadero océano Pacífico, es el océano de la quietud interior, de esa quietud interior que ha tiempo vas buscando inútilmente por la tierra; de ese bien de tal manera inestimable, que al divino Galileo a cada instante lo regalaba en el Evangelio: «Recibid mi paz»; «la paz sea con vosotros»; «os doy mi paz»; «mi paz os dejo»...

¿Ves esos como esquifes, tan tenues que parecen hechos de ilusión? ¿Adviertes en ellos seres reposados, que se deslizan como aladamente por la superficie sin límites, a favor de las minúsculas velas cándidas, semejantes a plumas de garza, que empuja insensiblemente un soplo misterioso? Pues son espíritus, son los espíritus que están en paz en este mundo.

A la luz de la luna, de esta intensa luna, verás los rostros que animan, y en ellos una misteriosa expresión de beatitud.

¡Con qué gracia resbalan esos barquichuelos ingrátidos sobre la seda moaré del océano! ¡Qué manso y nunca soñado reposo emana de ellos!...

—¿Y cómo hacer, ¡oh Espíritu!, para tener una de esas barcas de ensueño, para deslizarse con ella por el mar quieto, para estar en paz, ¡oh noble Espíritu custodio!, para estar en paz?

—Escucha bien: esos esquifes son de tal manera frágiles, que sólo soportan almas desnudas de todo apego... ¡Ay de aquella alma que ose embarcar en ellos con el menor deseo, con la menor codicia, con el menor propósito de goce! El barquichuelo se hundirá en seguida, y en el fondo del océano el alma se encontrará remolinos espantosos, que la atraerán como ventosas de monstruo y de los cuales muy difícilmente logrará escapar.

Bajo la apacibilidad de ese mar cuya palpitación blandísima apenas se advierte, como el resuello de una novia dormida, está el *maelstrom* de las ansias nunca saciadas, de los placeres tormentosos que jamás satisfacen, de los anhelos turbulentos que nos comen el alma...

Pero el que al embarcarse no lleva consigo ningún apego, aquel cuyo deseo se ha extinguido, es como el loto que en el agua se copia, mas cuya corola no toca el agua... Para ése no hay temor ninguno de zozobrar. Puede adormecerse amorosamente con el vaivén blando del esquife; puede soñar, puede cantar. Su alma es un ritmo más en el ritmo deleitoso del océano. Para él sólo hay bien. El Universo es como un gran regazo, la brisa impalpable como una gran lira, el cielo estrellado como un gran jardín. Su yo es como un lirio suave

impregnado de perfumes celestes. El celaje y el rayo de lima le llaman “hermano”. El Misterio le llama “hijo”. La Noche le dice “elegido” ... ¡Oh! ¡Cuán rico es el que ya no tiene nada! ¡Oh! ¡Cuántas cosas mira el que ha sabido cerrar los ojos!

¿Quieres embarcarte? —me preguntó el Espíritu—. Mira aquel esquife que, besado por la luna, parece de nácar. ¡Es para ti! Lo he reservado para ti... ¿Quieres embarcarte?

¡Oh amada mía! Para navegar por ese divino océano de la paz era preciso dejarte a ti —a ti, amada mía— en la ribera; y, moviendo melancólicamente la cabeza, contesté al ángel:

—¡No puedo, de veras que no puedo!

El Castillo de lo Inconsciente

El Castillo de lo Inconsciente yérguese sobre una roca enorme, aguda y hosca, rodeada de abismos. Entre la roca, y la montaña vecina, derrúmbase el agua torrencial, que luego se arrastra, allá en el fondo lóbrego...

Su estruendo se oye de lejos, sordo y hasta apacible, y sus espumas, fosforescentes desde la altura, se adivinan en las tinieblas.

Por dondequiera, como guardia de honor de la roca, levántanse agujas ásperas, dientes pétreos, y se erizan matorrales de espinos.

Pero en las noches de luna, con que arcano prestigio radian, en lo alto, los vitrales del castillo divino en que mora la paz...

Sólo pueden escalar tu morada eminente los que han sangrado en todos los colmillos rocosos, los que se han herido en todos los espinos...

Yo era de éstos. Yo merecía habitar en la mansión del sosiego, y una noche apacible, guiado por el celeste faro lunar, emprendí la ascensión al castillo.

Sobre una robusta rama inclinada, atravesé el torrente. Varias veces el vértigo estuvo a punto de vencerme. La corriente rabiosa hubiera destrozado mis miembros; la colérica espuma me habría cubierto con su rizada y trémula blancura...

Pero yo miraba a lo alto, al castillo, que mansamente se iluminaba en el picacho gigantesco y una gran esperanza descendía hasta mi corazón y me daba aliento.

Salvado el abismo, hube de escalar la roca.

¡Ay! ¡Cuántas veces en sus asperezas me herí las rodillas y las manos! ¡Cuántas otras me vi en peligro de caer al torrente que, como dragón retorcido y furioso, parecía acecharme!... Sus espumas llegaban hasta mí, humedeciendo mis destrozadas ropas.

Pero mi anhelo de llegar al castillo era demasiado intenso para no triunfar; y, muy avanzada ya la noche, franqueaba yo por fin los últimos obstáculos y me encontraba en la breve explanada que precedía a la gótica mole.

Una mansa lluvia de luna caía sobre aquel espacio abierto. La imponente masa, a su imprecisa luz, era con sus torreones, sus almenas, sus ojivas, sus terrazas, sus techos agudos, más bella que todos los ensueños.

¡Con qué temblor llamé a la puerta!

¡Cómo resonó en el silencio el albadón!

Esperé... no sé cuántos minutos...

Oía mi corazón golpearme el pecho como un sordo martillo.

De muy lejos venía a mis oídos el rumor confuso del torrente.

Allá, en la hondura, adivinábase un océano informe de sombras y de luces, y el hervidero de plata de las aguas...

Por fin la puerta se abrió dulcemente y una figura pálida, envuelta en un manto blanco, apareció en el umbral.

—La paz sea contigo —me dijo—. ¿Qué buscáis aquí, extranjero?

—Ese don santo que acabas de desearme —le respondí— la paz.

—¿De dónde vienes?

—De lo más hondo de aquellos abismos —y le señalé con un amplio gesto la perspectiva lejana—. He sangrado en todos los espinos... Me he desgarrado en todas las rocas... Conozco el año de todos los guijarros.

—¿Sabes lo que encontrarás aquí?

—El paraíso del no pensar...

—¿No te asusta la inconsciencia?

—La ansio. Allá abajo las breves horas de sueño eran mi bien único...

—Tus más bellas ideas, tus más luminosas imágenes se extinguirán para siempre. Nunca más sonará en tu oído la deleitosa melodía de las rimas; nunca más el choque de los conceptos vibrará en tu cerebro. Tu memoria no descorrerá ya sus telones de luz amable o trágica... Será como si te hubieses bañado en el Leteo; como si gustases la flor del olvido en la isla de los Lotófagos...

—Eso quiero.

—Los seres que amaste no vivirán ya en tu recuerdo su vida vagarosa de fantasmas...

—Los enterraré para siempre.

—Ni siquiera te acordarás de tu nombre: tu personalidad naufragará eternamente en este océano de la total amnesia.

—Pero seré feliz.

—Lo serás; pero sin saber que lo eres, sin darte cuenta de tu suprema ventura... Ésta es la divina ciudad del Nirvana de que habla el Buda. Éste es el albergue del silencio interior; éste es el sosegado sueño del yo. Aquí toda individualidad se diluye como la gota de agua en el mar... Aquí el maya tenaz desaparece: aquí todo es idéntico con el Todo; la relación de tu ser con el Universo acaba... El ser y el no ser son una misma cosa... Aún es tiempo; vuelve a pasar la explanada y desciende hacia el dolor, que hiere y maltrata, pero individualiza... Baja hacia el torrente; arrástrate de nuevo entre las rocas. Duro es el arrastrarse, pero quien se hace mal eres tú; mientras que aquí el bien nos satura, pero tú ya no existes. En el Bien estás, mas el Bien no está en ti...

... ¡Vacilé! ¡Oh mísero apego al yo, cadena que nos ligas con tantos eslabones al mundo de la ilusión; fuiste más fuerte que el anhelo de paz!

...El hombre blanco notó mi vacilación. Inclino melancólicamente la cabeza; fue cerrando con suavidad la puerta... la puerta que da acceso al divino ignorar..., y me dejó allí, solo con la luna...

Torné a bajar hacia el torrente...

Más duro era el descender que había sido el subir.
Los filos de las rocas herían con mayor encono.

La luna descendía ya como un dios triste aureolado
de plata, hacia su ocaso.

Allá, en lo alto, cada vez más en lo alto, los vitrales
del castillo brillaban misteriosamente...

Con la herida y ensangrentada diestra, envié un su-
premo beso de amor y de dolor a la morada excelsa, al
paraíso perdido...

Y heme de nuevo en la otra orilla del torrente.
Heme de nuevo entre los espinos. Heme de nuevo en
el Hosco Valle del Pensamiento y del Dolor.

**La última
molestia y otros
cuentos sobrenaturales**
se terminó de editar en abril
de 2016 en las oficinas de la Editorial
Universitaria, José Bonifacio Andrada
2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco

Jorge Orendáin
Ángel Ortuño
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
J Daniel Zamorano Hernández
Diseño y diagramación